

Il secondo volume contiene ben quarantanove comunicazioni di contenuto molto vario. Gli scritti sono pubblicati in spagnolo, italiano, inglese e francese, e riportano le numerose comunicazioni presentate al convegno e aventi ad oggetto la figura di mons. Álvaro del Portillo; i suoi contributi in tema di teologia del sacerdozio, teologia del laicato e altri temi teologici; il suo apporto al rinnovamento del diritto canonico ed al suo adeguamento alle esigenze messe in luce dal Concilio Vaticano II, sfociato nella emanazione del nuovo *Codex* nel 1983; i suoi insegnamenti in tema di educazione, famiglia e società; il mondo universitario, al quale del Portillo fu molto legato, attraverso significativi e costanti rapporti con svariate università di tutto il mondo.

Ad una prima scorsa delle pagine degli Atti del convegno, colpisce la variegata provenienza degli autori sia in termini geografici: Spagna, Italia, Francia, Germania, Portogallo, Stati Uniti, Perù, Brasile, Cile, Guatemala, Messico, Colombia, Repubblica Democratica del Congo, Kenya, Giappone e Filippine; sia in termini di estrazione culturale e professionale: sono intervenuti professori universitari e insegnanti di diverse aree, sacerdoti e vescovi, avvocati, storici, filosofi, filologi, medici, un politico, un'infermiera.

Particolare valore per lo storico hanno le comunicazioni che riferiscono ricordi personali del rapporto con del Portillo vissuti in prima persona; quelle che trattano del lavoro di del Portillo durante il Concilio Vaticano II e quelle che riguardano i suoi contributi allo sviluppo della scienza canonistica.

María Eugenia Ossandón W.

Rafael GÓMEZ PÉREZ, *El hombre que yo vi: sobre san Josemaría Escrivá*, Madrid, edición del autor, 2014, 134 pp.

Estamos ante un libro muy personal, incluso en elementos externos: el autor es también el editor y el diseñador de la portada: un dibujo suyo de 1972 de la casa en que residió diecisiete años junto a san Josemaría. Pero todavía es más personal por el contenido: un conjunto de confidencias al hilo de recuerdos, los recuerdos de un hombre que añora a san Josemaría, al que siente como Padre y al que quiere cada vez más (pp. 7 y 10).

Se trata de la reedición, revisada, de una obra aparecida con el título *Trabajando junto al beato Josemaría* (Rialp, Madrid 1994), y esto revela también algo sobre las razones del autor para publicarla de nuevo. Destacaría tres. Primera: quien lo escribe «dejó de ser miembro del Opus Dei en 1998» (p. 7). Segunda: «nunca he acabado de entender que, incluso después de su muerte, haya gente que siga atacando al Padre, hoy san Josemaría. De modo especial si esos ataques provienen de personas que, en su día, fueron del Opus Dei. La mayoría de esas personas no lo trató como lo traté yo, ni puede saber la verdad de su gratitud, su heroísmo y su capacidad de querer» (p. 128). Tercera: «desde su muerte me ha parecido ver que el Padre no es presentado

en su real manera de ser. No digo que se le presente de forma falsa, sino incompleta. Desde 2001 existe en Roma el Instituto Histórico San Josemaría Escrivá. Ha realizado y realiza una minuciosa y precisa investigación histórica. [...] Los datos son los datos y la historia se escribe con ellos. Pero hay realidades que escapan a los datos, que son vivencias» (p. 132).

La primera razón es, como todo el libro, muy vivencial, y sitúa al autor en lo que él llama un «dentro exterior» respecto al Opus Dei. Está dentro de su corazón, pero ya no es un fiel del Opus Dei tras su salida de la institución hace diecisiete años.

Para comprender el segundo motivo, se pueden destacar tres elementos interesantes: Rafael Gómez Pérez es un autor prolífico de más de veinte mil páginas en las que no ha insultado a nadie (p. 129), y está perplejo ante los habituales del insulto; ha tenido un conocimiento directo del personaje que le permite titular su libro «El hombre que yo vi», con una fuerte carga sensorial, de experiencia directa, subjetiva y radicalmente humana; por último, considera que los que atacan a san Josemaría no lo trataron tanto como él, y atacan a alguien que le es muy querido. Esta reedición, me parece, nace de ese dolor.

La tercera razón evoca un temor, o si se prefiere otra perplejidad de este veterano escritor: ¿cómo guardar vivo el recuerdo de alguien a quien trató, sin deformar su figura al hacerla historia? El autor, en esto como en otras cosas, no plantea una solución concreta. Solo expone otra experiencia personal: la insuficiencia que aqueja a los estudios históricos sobre san Josemaría. Es una cuestión interesante para todo historiador. El conocimiento histórico es conocimiento de las personas, al menos así le parece a quien esto escribe, y es evidente que el conocimiento de las personas no es solamente racional, sino también, entre otras cosas, afectivo. El libro de Gómez Pérez está escrito desde una vivencia emocional intensa, característica del autor, y echa de menos ese mismo nervio en otros relatos sobre san Josemaría porque para él, ese hombre que él vio, era su Padre, alguien a quien quiso y sigue queriendo entrañablemente, alguien irreductible a una colección de hechos racionalizados. Pero lo que pide a la historia es muy improbable que lo pueda conseguir, por así decirlo, ella sola. Para demostrarlo, basta quizá evocar un párrafo suyo, que trata sobre los ratos de tertulia sosegada con san Josemaría en una pequeña terraza de Villa Tevere: «Había una gran paz. No estaba pasando nada o estaba pasando todo. Después lo he pensado más de una vez. La realidad no se puede contar, nada consigue describirla» (p. 70).

Ese es justamente el desafío de la historia: debe contar lo que no se puede contar. Y también lo es de la literatura, el teatro o el cine, que intentan algo parecido por otra vía. Y del arte en general. Y de todos los modos que los humanos tenemos de hablar de nuestras vidas y las vidas de los otros. Estoy seguro de que Rafael Gómez Pérez comprende a los que debemos hacer historia al modo académico y dialogar con el contexto racionalista que es moneda de cambio en nuestro oficio, y que tanta utilidad tiene, a pesar de todo.

Y ya que hablamos de historia, que es tanto como hacerlo de racionalización y cronología, vale la pena decir algo de lo que aporta esta obra intimista y al mismo

tiempo analítica. El autor escribe de unos años que son los menos tratados por los biógrafos de san Josemaría: de los cincuenta hasta su fallecimiento. Él mismo apunta la razón de que esto sea así: el fundador se absorbió en un trabajo que era a la vez vida familiar, un trabajo de familia lo llama Gómez Pérez (p. 66). Sus días transcurrieron de ese modo ordinario e imposible de describir que se evoca en estas páginas. O, mejor que imposible, difícil: al fin y al cabo la obra que comentamos, y otras, son un intento de acometer la tarea. Pienso que en este sentido este libro es una obra importante sobre Josemaría Escrivá.

Si debiera resumir la impresión que deja esta lectura, diría que es la de un retrato. El título lo dice. Escrivá se nos presenta como alguien vivo, vivaz, un gran amante de la libertad, que le traía ecos de Rosa Luxemburg cuando le escuchaba hablar de este tema (p. 48), un hombre en el que la fe se hacía gestos, ordinarios y afectuosos, reveladores de una grandeza escondida. Un hombre conocedor y amante de su tiempo, que disfrutó con sus novedades –los apuntes sobre la música son especialmente atractivos–, y sufrió con sus desvaríos. El capítulo de lo que hacía sufrir a san Josemaría es otro interesante hallazgo de estas páginas. Ciertamente no es fácil contar bien esa historia: cómo vivió los últimos años sesenta y los setenta.

«Habría que revivir la vida del Padre», escribe casi al final el autor (p. 132). Y poco más tarde: «Era un hombre sencillo y a la vez con una inteligente cabeza y un compasivo corazón al que le cayó encima la responsabilidad de hacer algo grande y difícil». Y lamenta luego que los estudios históricos sobre él «se quedan en el amor con respeto, pero no transmiten inmediatez» (p. 133). Me parecen buenos apuntes para terminar con su retrato y con el desafío que arroja sobre la mesa de los de nuestra generación: aquellos que no conocimos personalmente a san Josemaría, que nunca lo vimos, pero que lo estudiamos y tratamos de dar de él una imagen lo más exacta y acabada posible. Bien puede ser que, como él, nos reconozcamos instrumentos insuficientes para la tarea, «como un niño que balbucea», pero eso nunca nos disculpará de ocuparnos de nuestro oficio, con mayor o menor acierto, para atender a figuras como esta, que hacen tan grande e interesante la historia de los hombres.

Pablo Pérez